
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña

Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>Editorial</i>	3	Sexualidad
<i>Peter Henrici</i>	5	Reflexiones filosóficas sobre la dualidad de sexos del ser humano
<i>Michel Séguin</i>	15	Los fundamentos bíblicos del pensamiento de Juan Pablo II sobre la sexualidad humana
<i>Olivier Boulnois</i>	37	¿Tenemos una identidad sexual? Ontología y orden simbólico
<i>F. Bastitta Harriet</i>	57	Hasta el corazón de la sexualidad
<i>Maité Uribe</i>	65	Etapas vitales del celibato cristiano
<i>Luis Baliña</i>	85	Carta a Don Quijote sobre el amor sexuado
<i>Jorge A. Mazzinghi</i>	89	Beatriz en la Divina Comedia

LOS FUNDAMENTOS BÍBLICOS DEL PENSAMIENTO DE JUAN PABLO II SOBRE LA SEXUALIDAD HUMANA

“Hemos sido hechos para la comunión en el don”

*por Michel Séguin**

Introducción: hacia una “teología del cuerpo”

Mi intención no es hablar aquí de moralidad sexual, sino más bien de presentar sus “fundamentos” bíblicos como han sido explicados por Juan Pablo II mediante numerosos discursos de catequesis pronunciados al principio de su pontificado. Veremos que se trata aquí de una vía de pensar sobre la sexualidad humana mucho más positiva de lo que generalmente se cree. En verdad descubriremos una concepción completa de la persona humana que el papa ha enseñado incesantemente en los últimos quince años o más. Es una concepción de la persona que él ha llegado a comprender recurriendo a los primeros capítulos de la Biblia, en el libro del Génesis, de donde viene el título para este estudio: “Los *fundamentos bíblicos* del pensamiento de Juan Pablo II sobre la sexualidad humana”.

Es bien sabido que el Papa ha expresado su pensamiento sobre esas cuestiones en detalle en una serie de audiencias que acordó a numeroso público entre 1979 y 1984¹. El esfuerzo para comprender la concepción del Papa del hombre y de la mujer y de su sexualidad vale bien la pena, porque al hacerlo descubrimos un pensamiento de gran riqueza, de gran profundidad y de gran belleza. Es evidente que en este estudio hay poco examen de la procreación -lo que puede fácilmente sorprender al lector especialmente considerando el inte-

* Michel Séguin p.s.s. profesor de Teología Moral, Montreal, Canadá.

¹ Recogidos en cuatro volúmenes: Juan Pablo II, *A l'image de Dieu homme et femme* (Paris, Cerf, 1980), en adelante ID; *Le corps, le coeur et l'esprit* (Paris, Montréal, Cerf-Bellarmin, 1984 (en adelante CCE); *Résurrection, mariage et célibat* (Paris, Montréal : Cerf.Bellarmin, 1985 ; *L'amour humain dans le plan divin* (Montréal, Paris : Bellarmin- Cerf, 1985).

rés de Juan Pablo II en ese tema. De la procreación se trata en el cuarto volumen arriba mencionado. Aquí la sexualidad será considerada desde la posición superior de “comunidad de personas”.

Debemos decir algunas palabras sobre el método usado por el Papa. Al comienzo de estas instrucciones catequéticas deja en claro que él desea extenderse simultáneamente sobre la revelación y sobre la experiencia humana para poner de manifiesto la profunda significación de la persona como una dualidad sexual del hombre y mujer. Es sumamente interesante ver cómo él reúne efectivamente nuestra experiencia personal y la experiencia de toda la humanidad. Por tanto, él profesa buscar la verdad de la persona humana tal como aparece en la creación. Para él esta verdad es de capital importancia porque está íntimamente vinculada a la moralidad, a la ética. La verdad sobre el hombre y la mujer, es, como si fuera un llamado dirigido por Dios a la libertad humana, de modo que la persona pueda realizar libremente su ser, es decir, la verdad de su ser.

Ahora bien, la verdad sobre el hombre abarca cuatro estructuras de tiempo diferentes: su creación, su caída, su redención y su realización escatológica (dejaremos de lado la última de estas cuatro divisiones, que se vincula primariamente a la cuestión del celibato). Así el presente texto examinará las tres primeras de esas estructuras temporales que tratan de la verdad sobre el hombre del modo siguiente: la verdad original sobre el hombre y la mujer en la creación; la verdad perdida por la caída; la verdad vuelta a descubrir y que de nuevo se ha hecho posible por la redención. Debemos ocuparnos sobre todo de la primera estructura temporal, la de la “creación”.

Hay una llamativa expresión que se encuentra al principio del primer tomo de Juan Pablo II. Dice que está buscando crear una “teología del cuerpo”. Por muchos años además, el Papa ha vuelto sobre esta “teología del cuerpo”, acentuando que éste es uno de los aspectos *esenciales* del mensaje cristiano.

¿Qué quiere decir él exactamente con esta expresión? Dios, al crear a los seres humanos como hombre y mujer con cuerpos que son a la vez diferentes y similares, quería decirnos algo. La dualidad de los sexos no es simplemente un hecho. Es un mensaje de Dios que está inscripto en esta creación de la persona como hombre y mujer. Juan Pablo II procura infatigablemente descifrar el mensaje que Dios quería transmitir por medio de nuestros cuerpos. Ahora, aunque la dualidad de los sexos no es solamente una realidad corporal y tiene estrecho parentesco con toda la persona, el hombre y la mujer descubren ellos mismos que son diferentes primero y ante todo en sus diferencias sexuales. Juan Pablo II recordará varias veces que el hombre y la mujer son la *ima-*

gen de Dios no sólo en sus almas espirituales, como se suele decir, sino también en sus cuerpos. Comentando el pasaje del Génesis 1, 27, él escribe:

“El ser humano al que Dios ha creado hombre y mujer lleva “desde el primer principio” impresa la imagen divina en el cuerpo de él o de ella. Hombre y mujer: esta idea establece como diríamos, dos caminos diferentes para lo humano “de ser un cuerpo” en la unidad de esta imagen (ID, 109-10).”

Además, él escribirá que “el cuerpo revela al hombre”, es decir, a la persona. Esto aparece de nuevo en numerosos pasajes donde él afirma que el cuerpo es inseparable de la persona. Una afirmación que aparece como especialmente verdadera en el momento de la creación. Después de la caída, el papa hablará de la “ruptura” entre el cuerpo y la persona. Debe ser señalado que la Biblia nunca sienta una oposición entre el cuerpo y el alma. La Biblia ve al cuerpo simplemente como la parte visible del alma de la persona. El Papa se alinea claramente en este sentido de las cosas.

Por esto, al procurar construir una “teología del cuerpo”, el Papa procura entender lo que Dios quiere decirnos a través de la realidad que es la dualidad de los sexos. Es tiempo ahora de seguir su guía y acometer esta tarea de investigación, empezando con la primera estructura de tiempo que se relaciona con la verdad del ser humano, la estructura temporal de la *creación*.

I. La creación y el retorno al comienzo

Cuando en Mateo 19:3-9, los fariseos se acercan a Jesús para preguntarle si es permitido a un hombre divorciarse de una mujer, ellos provocan una respuesta que habla del retorno al comienzo:

“Algunos fariseos se acercaron a él, y para ponerlo a prueba dijeron: “¿Es contrario a la ley que un hombre se divorcie de su mujer bajo ningún pretexto?”. El contestó: “¿No habéis leído que el creador desde el comienzo los hizo hombre y mujer? Por esto un hombre debe dejar a su padre y a su madre, y unirse a su mujer, y los dos se transforman en un sólo cuerpo. Ya no serán en adelante dos cuerpos sino uno sólo. Así, no divida el hombre lo que Dios ha unido.”

Ellos le dijeron: “Entonces ¿por qué ordena Moisés que se otorgue una cédula de disolución en casos de divorcio?”. Respondióles: “Moisés teniendo en cuenta la dureza de vuestras cabezas, os permitió repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no fue así. Ahora os digo que quien repudia a su mujer -

Los fundamentos bíblicos del pensamiento de Juan Pablo II...

salvo en caso de fornicación- y se casa con otra, comete adulterio” (Biblia de Jerusalén).

Dos veces usa Jesús la expresión “al principio”. También cita los dos primeros capítulos del Génesis, pero principalmente el segundo capítulo. Jesús nos invita por tanto a entender el plan del Creador “desde el principio”. Esto y sólo esto es lo que Juan Pablo II procura entender y explicar durante sus años de discursos de catequesis.

Sobre todo el Papa proveerá un comentario sobre el segundo capítulo del Génesis, que es más antiguo que el primero, y también más lleno de fantasía, expresando como lo hace con total profundidad la experiencia psicológica vivida por el ser humano, hombre y mujer. Juan Pablo II dirá que el Génesis 2 y 3 refleja “el más antiguo testimonio a la conciencia humana”.

A. Soledad original

Después de haber modelado al hombre con la arcilla del suelo, que era la más fina de la tierra, después de haber insuflado la vida en él, de haberlo colocado en medio del jardín del Edén:

Dijo luego Yahvéh Dios: “No es bueno que el hombre esté sólo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.” Y Yahvéh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo, y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, más para el hombre no encontró una ayuda adecuada (Gen. 2, 18-20).

El primer descubrimiento que hace el hombre es el de su radical soledad. Dios mismo lo reconoce: “No es bueno que el hombre esté solo”. Aunque Dios creó entonces los animales y los trajo ante él para que les pusiera un nombre, el hombre no encuentra ningún ser semejante a sí mismo. Desde esta “soledad original”, como la llama, el Papa hace algunas observaciones importantes.

(1) Gracias a su cuerpo entre otras cosas, al que descubre diferente del de todos los animales, el hombre (i.e. el hombre o la mujer - el ser humano) entiende que él es único, diferente de todos los vivientes. Se toma conciencia de lo que se es al descubrir lo que no se es. Ese descubrimiento de su soledad es

un acto de conciencia de sí mismo, de *autoconciencia*, una característica fundamental de la persona, que es de hecho “un sujeto”, un ser capaz de decir “yo”. Y por esa capacidad de reflexión sobre sí -una característica fundamental de la persona- llega a ser consciente de lo que es: *una persona* (ID 46, 48).

(2) En esa soledad, el hombre descubre también que es único en tener una relación exclusiva con Dios, una relación que es absolutamente particular. Dios, además, establece un verdadero pacto con él, según el cual se debe abstener de comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Por medio de esa prohibición de comer el fruto prohibido, el hombre se revela a sí mismo que es capaz de autodeterminación, de libertad de elección. “Conciencia de sí mismo” y “autodeterminación” son en verdad dos características fundamentales de la *persona*. Al descubrir que es una “persona”, libre y consciente de sí mismo, el hombre descubre en sí una primera semejanza con Dios. Pero veremos luego que para Juan Pablo II esta primera semejanza, aunque sea fundamental, no es la más importante.

(3) Por mucho que el hombre descubra que él es una “persona”, “una persona única”, esto no le es suficiente. En toda la belleza de la creación él percibe que algo importante le falta, que hay una grave deficiencia: él está *solo*. Ésta es el área donde falta algo radical: no hay viviente que pueda establecer con él un vínculo de reciprocidad. En el fondo, aun si él llega a ser consciente de lo que es, cuando el hombre está solo, no es feliz. El no se realiza completamente. El siente que hay algo fundamental que le falta. La experiencia, la conciencia de esta soledad revela así una apertura que reside en él, una expectativa de algo distinto, que él no conoce todavía. Después, él descubrirá que él experimenta esa soledad original como lo opuesto a una comunión con otra persona. En realidad llegará a conocer su primera alegría, su primera *alegría real*, cuando haya descubierto a la mujer que le hará comprender que en la más profunda hondura de su ser está hecho para existir con alguien, o para decirlo mejor, para existir para alguien, en el amor, en una comunión de personas.

Sería interesante detenernos aquí un momento para reflexionar sobre nuestra experiencia de la soledad. El tedio, la sensación de que algo nos falta, vacío, vaga melancolía: ¿no sucede que en alguna de esas formas, cada uno de nosotros experimenta, un día u otro, algo de la soledad original de nuestro primer padre? Sentimos que algo nos falta sin conocer qué es lo que nos falta. Así hay en nosotros un llamado, un deseo de algo distinto. Tenemos la percepción de que hemos sido hechos para una plenitud que es mucho más grande... que es ciertamente lo que el primer hombre descubrirá luego.

B. *La creación de la mujer y el descubrimiento de una "comunidad de personas"*

Hay que aplicarse ahora al segundo aspecto de la creación: "Entonces Yahveh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahveh Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces este exclamó:

"Esta vez sí que es un hueso de mis huesos
y carne de mi carne.
Esta será llamada varona,
porque del varón ha sido tomada"
(Gen. 2: 21-24).

Así el hombre cae en un profundo y misterioso sueño. ¿Es este el sueño del tedio? Entonces Dios forma a la mujer de una de sus costillas, es decir, de su corazón, su propia vida. Aquí encontramos la idea de que la misma vida informa a ambos, y así, de que el hombre y la mujer son verdaderamente iguales. Cuando el hombre despierta, oímos la primera expresión de felicidad en el paraíso terrestre. Es una escena maravillosa: ¡Esta vez -el hombre parece exclamar- es realmente hueso de mis huesos y carne de mi carne!" En cuanto concierne a Juan Pablo II, encontramos en este pasaje el más hermoso canto nupcial de la humanidad. El Papa escribe que el hombre, dejando atrás su soledad original, hace "...el hermoso descubrimiento de su propia humanidad "con la ayuda" de otro ser humano. El hombre reconoce y vuelve a descubrir su propia humanidad "con la ayuda de una mujer" (ID, 101).

La mujer es una ayuda a la humanidad del hombre. Ella es quien revela profundamente a él quien es y le proporciona lo que está faltando en su humanidad. Ella lo completa, lo realiza, lo crea en cierto modo. La mujer realiza la creación de la persona humana. Sin la mujer la obra de la creación no está acabada, porque la persona queda envuelta en su soledad, y no tiene posibilidad de comunicación y de don.

En este momento, el momento de la creación de la mujer, aparece en la Biblia la realidad del sexo. Hasta ahora, cuando la Escritura hablaba del "hombre", se refería sin distinción al hombre o la mujer. Se refería a la persona humana. Con "hueso de mis huesos y carne de mi carne", aparece la diferencia sexual a la que Juan Pablo II llama a menudo la "masculinidad" y la "femineidad" del ser humano. La mujer es por tanto presentada como "el otro" ser

humano, a la vez similar y diferente del hombre. E inmediatamente esta diferencia sexual resulta orientada hacia una *comunidad de personas* y una fuente de alegría. Al fin el hombre deja atrás su soledad original al encontrarse cara a cara con la mujer. Estas dos maneras de ser humano, la femenina y la masculina, existen con miras a la comunidad de personas.

Este es el momento en que Juan Pablo II introduce la idea de don, que es determinante para entender la sexualidad humana; esta idea clave incluye dos aspectos (ID, 117-18). El primero de ellos nos dice que la comunidad de personas es realizada por el mutuo don que ellas se harán uno al otro. El segundo presenta a la mujer como un don de Dios hecho al hombre (recíprocamente el hombre como un don de Dios hecho a la mujer), y toda la creación como un don de Dios hecho al ser humano. Permítasenos continuar con estas dos ideas.

(1) Cuando el Papa llega a la frase del Génesis que dice: “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (2:24), afirma sin vacilar que para él este pasaje representa la cima de todo el relato de la creación. Este breve texto revela profundamente el sentido de la existencia humana como es manifestada por el hombre y la mujer. El hombre y la mujer son hechos para una íntima comunidad de personas en la reciprocidad del don que cada uno hace al otro. El “hacerse una sola carne” se refiere ciertamente al acto conyugal. Pero en un nivel más profundo, significa “la realización de una muy profunda comunidad de personas” *en todos los aspectos de la vida*. Y el único modo de llevar a cabo esa comunidad de cuerpos y corazones es mediante *el más total don de sí mismo*, que es con toda evidencia el don recíproco.

“Podemos decir que el elemento de inocencia... en el intercambio de dones consiste en un grado de “aceptación” recíproca del otro tal que la inocencia corresponde a la misma esencia del don. De este modo el don mismo crea una comunidad de personas. Se trata aquí de “recibir con gratitud” al otro ser humano y de “aceptarlo” precisamente porque, en la mutua relación de que habla Gen 2:23-25, el hombre y la mujer llegan a ser recíprocamente un don, por la verdad espléndidamente integral puesta en evidencia por sus propios cuerpos en su respectiva masculinidad y femineidad. Se trata, por tanto, de una “aceptación” o de una “recepción con gratitud” de tal naturaleza que los dos expresan y sostienen en su desnudez para el otro la significación del don, y ellos profundizan la recíproca dignidad de ese don” (ID 141-142).

Juan Pablo II volverá al tema de la desnudez original, pero ya tenemos el sentido de que tal don “en desnudez” no incluye ninguna noción de un lugar de ocultamiento y de que es hecho en un espíritu de absoluta transparencia.

Los fundamentos bíblicos del pensamiento de Juan Pablo II...

El Papa emplea frases especialmente conmovedoras para mostrar cómo cada persona humana se descubre a sí misma cuando es plenamente recibida con gratitud en su don por otra persona (ID 144). Lo que él dice sobre la mujer es igualmente válido para el hombre. La capital importancia del don de una mujer que es aceptada por un hombre (y viceversa) debe ser subrayada con gran énfasis. Imaginemos una mujer joven, al volver de su luna de miel, que emplea largas horas preparando con amor una buena comida para su marido. Ella ha decorado la mesa y ha creado una atmósfera propicia y contempla a su marido que come lo que se ha puesto en el plato ante él... sin hacer ningún comentario, sin la sombra de un especial aprecio de su comida, y sin una insinuación de felicitación. Es fácil adivinar lo que está ocurriendo en ella, y que distintos sentimientos ocurrirían en ella si recibiera un signo de apreciación y de gratitud de parte de su marido. Qué necesaria es la aceptación de uno mismo de parte de la otra persona, de modo que esta aceptación nos revele quiénes somos y que hemos tenido éxito haciendo algo bueno. Toda la belleza y profundidad del personalismo de Juan Pablo II reluce maravillosamente cuando él se extiende sobre este punto (ID, 144-45).

Para el Papa, Génesis 1,27, debe ser interpretado en esta dirección, cuando habla del hombre y de la mujer creados a imagen de Dios. No es como “seres personales” que el hombre y la mujer son primariamente imagen de Dios. Es por la “comunidad de personas” que ellos llegan a ser esencialmente imagen de la comunión sin límites de las Personas divinas”(ID,77).

(2) Permítasenos ahora pasar al segundo aspecto del *don* que estamos tratando de entender mejor. El Papa observa que, si el hombre y la mujer pueden darse a sí mismos uno a otro, es porque en un nivel más profundo ellos han sido donados uno a otro por el Creador. Es decir, Dios da la mujer al hombre y el hombre a la mujer. En la misma forma, el ser humano descubre que el todo de la creación es un don de Dios. El descubre, igualmente, que su mismo ser es un don que ha recibido del creador. Como el Papa ha escrito: “Esto es lo que es el cuerpo: un testimonio de la creación tanto como es un don fundamental, y así un testimonio del Amor como una fuente de la que brota el mismo acto de dar” (ID, 118). El Amor, con mayúscula, del que hablamos aquí, es el Amor de Dios, la fuente del don fundamental del que deriva la misma posibilidad para el hombre y la mujer de darse ellos mismos uno a otro. Juan Pablo II dice también que puesto que la creación en su totalidad es un *don* del Creador, cuando el hombre y la mujer se dan recíprocamente uno al otro, el misterio de la creación es celebrado nuevamente y la vida puede manar de nuevo como un don. Siguiendo este rumbo hablará luego de la procreación como un “don” de vida.

C. *Desnudez original*

“Estaban ambos desnudos, el hombre y la mujer, pero no se avergonzaban uno del otro” (Gen. 2:25). El Papa observa que, a primera vista, este versículo parecería fuera de lugar. Sin embargo, cuando consideramos de cerca el todo del texto sagrado, descubrimos pronto que esta alusión a la desnudez tiene una gran importancia. Encontramos en él un mensaje fundamental sobre su “estado original”. Cuando consideramos en qué grado esta paz interior frente a su mutua desnudez será perdida después de su pecado original. Unos pocos versículos más adelante, ciertamente leemos:

“Entonces se les abrieron a entrambos los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores.

Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahveh Dios que paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín. Yahveh Dios llamó al hombre y le dijo: “¿Dónde estás?” Este contestó: “Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí”. El replicó: “¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol que te prohibió comer?” (Gen. 3: 7-11).

¿Cuál es entonces el mensaje fundamental que es percibido por Juan Pablo II en esta desnudez original? El mensaje es doble. En primer lugar, el autor inspirado, al decir que el hombre y la mujer no se avergonzaban uno del otro, quiere describir con la mayor precisión posible la recíproca experiencia de uno y de otro en el estado de inocencia original. La falta de vergüenza (que no es una “deficiencia” sino una “plenitud”, observa el Papa) quiere subrayar la paz y tranquilidad de la mirada interior que el hombre y la mujer regalan uno al otro. Cuando ellos se dan a sí mismos sin retener nada, ellos experimentan alegría e inocencia. Su mirada corresponde en este caso a la mirada con que el Creador mira a ellos desde lo alto. Esta paz y esta serenidad frente al hecho de su desnudez muestra que ellos están en perfecta armonía interior con el plan del creador al ser unidos uno al otro por el don personal que hacen recíprocamente uno a otro mediante la belleza y la fuerza de sus cuerpos. Se trata entonces de un *don* al otro y no de un brusco poner mano en el otro, no de una apropiación del otro para su propio goce.

Pero el Papa recuerda un segundo aspecto válido. La desnudez que no ocasiona ninguna discordia interior manifiesta el hecho de que ellos son “ambos libres en la misma libertad del don”. A primera vista puede aparecer sor-

prendente que el Papa hable de libertad al explicar la noción de la desnudez original. Pero no obstante es muy cierto que, para ser capaces de darse totalmente a sí mismos en esta forma en toda su masculinidad y femineidad, y para ser capaces de continuar en esa comunión que ha nacido de tal don recíproco, el hombre y la mujer deben ser *libres* con respecto a sí mismos.

Esta paz interior frente a la desnudez del otro significa que el hombre y la mujer se dan verdaderamente uno y otro sin buscarse a sí mismos, sin explotar al otro para ventaja personal. Ellos son suficientemente dueños de sí mismos; esto equivale a decir, suficientemente *libres* respecto de sí mismos y de sus pasiones para darse verdaderamente a sí mismos al otro sin que él o ella sean presa del buscarse a sí mismos. Y ellos dejan de darse a sí mismos de este modo, cuando ellos no tienen ya ese dominio y esa libertad interior, sino que buscan sutilmente su propia ventaja mediante el otro, entonces ellos perderán esa paz interior frente a la desnudez de su compañero y descubrirán la vergüenza (ID, 124-25).

Para darse a sí mismo, uno debe abrirse uno mismo. Uno debe abrirse uno mismo para recibir con gratitud al otro, hacer un lugar para el otro. Ahora bien, esta apertura no puede ser forzada. Nosotros no podemos obligar a otro, sea hombre o mujer, a confiarse él o ella a nosotros, o a aceptar el don que queremos hacerle a él o a ella. Ciertamente podemos violar a alguno, pero sabemos bien que nada profundo puede proceder de la persona en este caso. Debe haber una libertad de don para que pueda existir la comunión entre personas. La puerta sólo puede ser abierta libremente desde dentro. En esencia, si buscamos el último sentido de la libertad, si queremos entender por qué Dios nos ha creado libres, debemos reconocer que es así que nosotros debemos darnos a nosotros mismos, libremente, por el camino del amor. A pesar de las apariencias, la libertad no nos ha sido dada para que hagamos lo que queramos. Hemos sido creados libres para que podamos darnos a nosotros mismos desde dentro. La libertad nos hace capaces de darnos con nuestro pleno consentimiento. Nuestra libertad es nuestra *capacidad de don*.

¿Qué debemos concluir de este significado original dado por Dios a la sexualidad desde el principio de la creación, como está expresado en estos análisis espléndidamente ricos de Juan Pablo II? El aserto primero y fundamental que resume en dos palabras toda la concepción filosófica y teológica que tiene el Papa de la persona humana (su antropología) se reduce a la afirmación de que la persona es un "*ser-don*". Sobre la base de la revelación y de la experiencia del cuerpo, en otras palabras, sobre la base de una teología del cuerpo, llegamos a concluir que en su realidad más profunda la persona huma-

na es un “ser-don”. Y esto tiene dos sentidos diferentes. En primer lugar decimos que el hombre y la mujer sólo pueden realizarse a sí mismos como personas en el libre darse a sí mismos en el amor. En este caso, la persona es el “ser que se da a sí mismo”. El segundo sentido expresa el último origen de tal definición. Lo que equivale a decir que, si el hombre y la mujer son “ser-don”, es porque su mismo ser es el resultado de un don, un don de amor gratuito de parte del Creador. Por tanto decir que la persona es un “ser-don” significa que ella es un “ser-dado”, en otras palabras un “ser-recibido” del Creador.

La segunda observación de capital importancia señala la naturaleza de la libertad. Como hemos visto al profundizar nuestra apreciación del sentido de la desnudez original, la libertad es la característica fundamental que hace posible la verdad del don. Sin esta libertad, que es a la vez dominio de sí mismo y distanciamiento de sí mismo, es imposible darse al otro y permanecer en este don. Uno no puede arrancar de otro u otra el don de sí mismo sin destruir por este modo el don mismo. Así la libertad es la realidad que permite a la persona cumplir con lo que ella es como “ser-don”, se siente intimada en su “capacidad para dar” para cumplir libremente su ser mismo, interiormente.

A la larga, todo este análisis lleva a Juan Pablo II a hablar de “la significación *conyugal* del cuerpo”. A hablar en términos equivalentes de lo que podríamos llamar: “la significación conyugal de la persona”. El Libro del Génesis revela que la persona, un “ser-don”, no puede contentarse con su soledad original. Ella descubre en sí misma una expectativa, una apertura a la comunión con alguien que es semejante a él o a ella. Al encontrarse con el otro “ser-don”, que es la persona del sexo opuesto, el hombre y la mujer, en su mutuo darse y aceptarse de sí mismos, descubren juntamente la última significación de sus cuerpos y de su ser personal: “Hemos sido hechos para la comunión en don”. Este es el sentido de “la significación conyugal del cuerpo”. Sólo el don total de sí mismo, un don libre y recíproco, permite al ser humano conocer la profunda comunión con otra persona, una comunión en la que puede encontrar la felicidad para la que ha sido creado por el amor.

Todo lo que ha sido dicho hasta aquí puede parecer sin duda un puro sueño utópico a mucha gente. Sin embargo, ¿no nos revela nuestra experiencia que el más profundo deseo en el corazón del hombre y de la mujer corresponde precisamente a lo que Juan Pablo II ha explicado sobre el Libro del Génesis? ¿No es éste el sueño de todo hombre y de toda mujer que aman? Cada uno de nosotros lleva en su corazón algo así como un recuerdo de nuestros orígenes. Sentimos que esto sería la realidad. Pero desgraciadamente ya no es así, porque se ha perdido este sentido de las cosas. Lo que hemos estado viendo hasta

ahora corresponde a nuestro estado original de inocencia y justicia. Pero la Biblia nos dice que ese estado se ha perdido (no totalmente, sin embargo) por el pecado de nuestros primeros padres. La verdad de la persona no abarca meramente la “creación”, como dijimos al principio de nuestro texto. Se interponen también en él la “caída” y la “redención”. Debemos considerar ahora el segundo marco temporal que atañe a la verdad de la persona.

II. La caída

A. La entrada de la concupiscencia mala en el mundo.

¡Qué cambio de atmósfera hay cuando pasamos del capítulo segundo al tercero del Génesis! La confianza en Dios es sustituida por el temor de Dios. La paz y la tranquilidad del hombre y la mujer en su desnudez respectiva dan paso a la vergüenza y a la necesidad de ponerse ceñidores.

Para Juan Pablo II, es precisamente por la expresión de vergüenza ante su desnudez que el hombre y la mujer experimentan después de su pecado, que el autor inspirado quiere mostrarnos hasta qué punto el pecado derribó todo el orden. Era un derrumbamiento de la comprensión que el hombre tiene de sí mismo. Era un derrumbamiento de su relación con su compañero. Era un derrumbamiento del vínculo que lo une a Dios. Cuando la Escritura dice: “Entonces se abrieron a entrambos los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos” (Gen. 3:7), Juan Pablo II señala que hay aquí mucho más que un simple paso de un estado de ignorancia a un estado de conocimiento de su desnudez:

“Un análisis comparativo del Gen. 2:25 y del Gen. 3 lleva necesariamente a uno a la conclusión de que no estamos aquí frente a un caso de paso de un estado de “ignorancia” a un estado de “conocimiento”. Más bien lo que tenemos aquí es un cambio radical de la significación de la desnudez original de la mujer en presencia del hombre y del hombre en presencia de la mujer... Este cambio alcanza directamente a la propia experiencia sobre la significación del propio cuerpo con respecto al Creador y con respecto a las otras criaturas... Pero, en particular, este cambio que el texto yahvista describe de una manera tan concisa y dramática se refiere de modo directo (y quizá podríamos decir del modo más directo posible) a la relación entre hombre y mujer, entre la femineidad y la masculinidad” (ID, 96).

Además, observa ingeniosamente Juan Pablo II, su huida de Dios “por causa de su desnudez física” no es una especie de pretexto ingenuo usado por

el hombre para dar cuenta de su vergüenza ante Dios, como si Dios fuera a escandalizarse de repente viendo al hombre y a la mujer desnudos. Esta vergüenza por la desnudez esconde algo más profundo (CCE, 28). Lo que tenemos no es meramente una desnudez del cuerpo, sino también del corazón, del alma. El hombre y la mujer son desnudados del amor. El Papa quiere decir que para explicar esta vergüenza no debemos mirar sólo el cuerpo, ni ciertamente a la idea de la sexualidad. Más bien debemos ir más profundamente para adscribirla a la profunda transformación sufrida por el espíritu humano. Es como si en este caso el espíritu fuera atrapado en una tendencia a acusar al cuerpo.

Sin embargo, esta vergüenza se manifiesta sin duda alguna en el dominio sexual, y esto devela una nueva dificultad que era desconocida todavía para el hombre y la mujer en el principio. Es como si se hubiera producido una especie de *ruptura*, una separación, entre el cuerpo y el espíritu, entre el cuerpo y la persona -mientras al principio el cuerpo era perfectamente transparente desde el fondo mismo del ser humano. El Papa usará muchas veces esta palabra “ruptura”: una ruptura entre cuerpo y espíritu; una ruptura entre hombre y mujer; una ruptura entre el ser humano y Dios. La vergüenza sucede sobre todo para confirmar que el hombre y la mujer han casi perdido su aptitud original para entrar en comunión uno con otro por medio del cuerpo. Esa aptitud es *casi* perdida y no *totalmente* perdida (en el pensamiento católico el pecado original no ha corrompido la naturaleza humana tan completamente como lo sostiene el protestantismo). Ellos han casi perdido la visión del significado conyugal de sus cuerpos, lo que equivale a decir que todo su ser está orientado hacia “una comunión de personas en mutuo don” (CCE, 39).

De un modo sorprendente Juan Pablo II habla a este respecto de “un segundo descubrimiento del sexo” (CCE, 41). Hay que recordar que el primer descubrimiento, “hueso de mis huesos, y carne de mi carne”, fue inefable y abrumador. Ellos habían descubierto que el cuerpo estaba dirigido a una comunión de los corazones. El segundo descubrimiento es, por contraste, absolutamente penoso.

La sexualidad se ha transformado en un obstáculo a la comunión de hombre y mujer. ¿Qué ha sucedido entonces? La *concupiscencia* ha entrado en el corazón del hombre y la mujer. En adelante la mirada que dirigen uno a otro ha cambiado. Era similar a la que Dios dirige a ellos. Ahora ella ha perdido su original paz y tranquilidad y se ha cambiado en una mirada que “reduce” al otro a su cuerpo, a su sexo, una mirada que no percibe ya a la persona que ha sido hecha para el don que subordina al cuerpo, el don que subordina a la carne envolvente.

El Papa se aplica luego a la tarea de entender el sentido de la concupiscencia que ha sobrevenido de modo de turbar el corazón del hombre de ahora en adelante (CCE,55-57). Esta diferente perspectiva, esta perspectiva de la concupiscencia dirigida al otro, no permite ya así una recepción agradecida del otro “por sí mismo o por sí misma”, sino que busca al otro u a la otra por su cuerpo “para la propia satisfacción”, mientras reduce a él o a ella al nivel de un objeto que uno puede usar para obtener goce de él.

¿No podríamos, sin embargo, detenernos a considerar nuestra propia experiencia de la concupiscencia y reflexionar por unos momentos sobre la cualidad de la mirada que nosotros dirigimos al otro sexo? ¿No podemos reconocer en nosotros mismos lo que el Papa acaba de describir, al menos en términos de una inclinación en esa dirección? Es una inclinación nutrida y estimulada constantemente por los “medios”, por nuestra sociedad ostensiblemente liberada, por una sociedad que ha reducido a la sexualidad al nivel de un “ítem” del consumidor que podemos fácilmente apropiarnos para nuestro propio goce.

En tal relación uno procura forzar del otro su don, un don que evidentemente no es ya un don, puesto que un don no puede ser dado al otro sino libremente. Por tanto lo que es apropiado es un “falso don”, que evidentemente no puede ya ser el don de toda la persona y que deja a uno, necesariamente, insatisfecho.

Esta relación, por tanto, no admite ya un don de sí mismo vivida en la alegría de la libertad y del desprendimiento de sí mismo. Así este desorden involucra también una *pérdida de libertad* entendida como “capacidad para dar”.

“La concupiscencia involucra la pérdida de una libertad interior para dar. El significado conyugal del cuerpo humano se vincula precisamente con esa libertad. El hombre es capaz de llegar a ser un don —lo que equivale a decir que el hombre y la mujer pueden existir en una relación de entrega recíproca de uno a otro —con la condición de que cada uno de ellos posea un dominio de sí mismo. La concupiscencia, que se manifiesta como una coerción situada en el cuerpo, una coerción que es absolutamente *sui generis*, reduce el dominio de sí mismo y pone a él un límite interior. Por esta razón la concupiscencia, en cierto modo, hace imposible una libertad interior para dar” (CCE, 56).

Este es el triste estado de la concupiscencia que envuelve un oscurecimiento de la verdad original sobre la persona, que ya no se reconoce a sí misma como “ser-don”, hecha para “una comunión de personas” en la “libertad para dar”.

B. *Duda respecto a Dios*

La causa profunda de este vuelco radical de la naturaleza de la persona es la transgresión original que rompió el pacto con Dios. Ciertamente no es conocida cuál era la naturaleza precisa de esa transgresión. Pero Juan Pablo II tiene pasajes muy aclaradores para explicar el texto bíblico que habla de ella:

“La serpiente era el más astuto de los animales del campo que Yahveh Dios había hecho. Y dijo a la mujer: ¿Cómo es que Dios os ha dicho: No comáis de ninguno de los árboles del jardín?” Respondió la mujer a la serpiente: “Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: “No comáis de él ni lo toquéis, so pena de muerte”. Replicó la serpiente a la mujer: “De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal” (Gen. 3: 1-5).

Juan Pablo II subraya la *duda* que la serpiente pone en el corazón de la mujer y también del hombre respecto al don que Dios les ha hecho. Cuando la serpiente replica: “De ninguna manera moriréis. Por el contrario seréis como dioses”, uno siente la *duda* que es insinuada en el corazón de la mujer y del hombre. “Y qué si esto es verdad”, parecen decirse a sí mismos. “¿Qué, si Dios no dio todo libremente?” “¿Y qué, si Dios nos impuso esta regla simplemente porque él es un guardián celoso del poder que nosotros podríamos adquirir?” Hablando del Génesis 3: 1-5, el Papa dice que lo que está en cuestión aquí es “el momento clave en que el don es puesto en duda en el corazón del hombre”(CCE 24,25). El Papa explica entonces cómo el hombre y la mujer llegaron a apartarse de Dios para volverse hacia lo que “viene del mundo”. Primero hubo una duda que crecía, una sospecha que se insinuaba, y luego Dios empezó a ser mirado como un rival que limita nuestra libertad. ¡Primero hubo una *duda acerca del amor de Dios!* La Creación, la mujer, y todo el resto - ¿no es todo esto realmente un don de amor? Peor todavía, anota C. Caffarra en su comentario sobre el texto de Juan Pablo II, el hombre, en su duda sobre la realidad del don que Dios le ha hecho, comienza a rehusar a considerarse como “un ser que ha sido dado”, “un ser que ha sido recibido” desde Dios. Hinchado de orgullo, empieza a reclamar el derecho de pertenecer sólo a sí mismo y hacer sus opciones sin ninguna conexión con Dios. Tal rechazo, que corresponde a importantes corrientes de pensamiento de la filosofía contemporánea, tendrá inmensa repercusión en la ética. Desde el momento que no podemos ver ya a nuestra naturaleza humana como un don recibido del Creador, no podemos ver inscrita en ella, como un llamado de Dios, una profunda orientación hacia el comportamiento moral.

Los fundamentos bíblicos del pensamiento de Juan Pablo II...

Al mismo tiempo como el hombre no se reconoce ya como un “ser que ha sido dado” rechaza a su vez el darse a sí mismo. En adelante no desea ya ser un “don para el otro”. Como veremos, él desea ahora ser el amo, y la relación de “comuni3n con el otro” se transforma pronto en una relaci3n de “dominio sobre el otro”.

Una vez m3s todav3a valdr3a la pena hacer el esfuerzo de detenernos un momento a considerar las numerosas dudas que abrigamos respecto al amor de Dios hacia nosotros. ¿No vienen esas dudas para turbar nuestra confianza en El, y no nos impulsan, precisamente a nosotros, a decidir todo por nosotros mismos, sin Dios? ¿No son causa esas dudas sobre el hecho de ser amados perfectamente por nuestro Creador, de que nosotros dudemos igualmente de los otros y procuremos dominarlos m3s bien que entrar en una profunda comuni3n con ellos, una comuni3n que necesita una verdadera confianza mutua?

C. Del don a la dominaci3n

La duda respecto a Dios envuelve a su vez la duda sobre la mujer y sobre el hombre. En la misma forma en que el hombre huye de Dios y se oculta de 3l, desde ese momento (Gen. 3:10), igualmente teme a la mujer y se oculta de ella (y viceversa) haci3ndose un ceñidor. Lo que sucede es que la mujer se ha vuelto una amenaza para el hombre y el hombre una amenaza para la mujer. Si yo en adelante veo al otro como un objeto para dominar, un objeto de placer, el otro puede tambi3n verme a m3 del mismo modo, como un objeto de placer, un objeto para dominar, igualmente estoy forzado a defenderme y protegerme del otro, de lo que deriva la necesidad de un ceñidor.

El Papa comenta un vers3culo posterior del G3nesis: “A la mujer le dijo: ...Hacia tu marido ir3 tu apetencia, y 3l te dominar3” (Gen. 3:16). Para Juan Pablo II, esas palabras dirigidas a la mujer son igualmente aplicables al hombre como su compañero. Quiz3 uno podr3a haber pensado, que despu3s ellos se encontrar3an m3s unidos en su com3n oposici3n a Dios. A menudo, ciertamente, la lucha contra un adversario com3n re3ne a la gente. Pero aqu3 no es 3ste el caso. Al contrario.

“Despu3s de la ruptura de su pacto original con Dios, el hombre y la mujer, en vez de estar unidos se encontraron, uno respecto al otro, m3 separados y a3n directamente opuestos en raz3n de su masculinidad y feminidad” (CEE, 48-49).

El Papa continúa entonces suministrando un comentario magistral de Gen. 3:16 (CEE,45). Este importante pasaje puede resumirse así: (1) El cuerpo, vinculado como está a la persona, sigue estimulando el deseo de una comunión de personas. (2) Pero la concupiscencia tiende a actuar como una red de contención en el nivel del cuerpo y no encuentra ya el camino directo hacia el corazón, hacia la persona. Tiene la tendencia a aplacar la carne, a menudo con detrimento de una auténtica comunión con la otra persona. (3) Por cuya razón se establece una relación de posesión del otro y no ya una relación de comunión con el ser más profundo del otro. Y el Papa agrega el siguiente comentario:

“La posesión de un objeto es meramente un paso que aparta del goce de él. El objeto que poseo tiene importancia para mí solamente en la medida en que lo tengo a mi disposición, que aprovecho de él, que uso de él (CCE, 61).

La vergüenza original que obliga al hombre y a la mujer a ocultarse del otro muestra vívidamente la *profunda falta de confianza* que en adelante se desarrolla entre ellos, una falta de confianza que indica la profunda extensión en que se ha roto la comunión entre el hombre y la mujer (CCE, 41-42).

Juan Pablo II dirá todavía que esta vergüenza original corresponde a la experiencia que tenemos de la modestia. El explica que hay algo de bueno en esa vergüenza, en esa modestia, puesto que ella protege a la persona (CCE, 48). Para el Papa, la modestia es así un equivalente de la vergüenza. Mientras ella no existía al principio de la creación, hace su aparición en la creación con el pecado original y ahora constituye un fenómeno natural que nos recuerda el vínculo original, el vínculo profundo y fundamental que existe entre el cuerpo y la persona, un vínculo que ha sido oscurecido por el pecado. La modestia es una “protección natural” que nos permite sentir instintivamente que desnudarnos físicamente ante otra persona es un poco como desnudar todo nuestro ser ante él o ella. La vergüenza, por esto, manifiesta el *temor*, inscripto ahora en el corazón del hombre y de la mujer desde su caída original, de que su cuerpo pueda ser usado y tomado como un objeto, sin la debida consideración a la persona con la que tiene tan estrecho vínculo. Esta modestia que ahora es parte de nuestro mundo pecador es así una realidad buena, que debe ser preservada, puesto que existe en nosotros como una protección de la persona y un recuerdo del deseo de una profunda comunión que sigue inscripta en nuestros corazones, una profunda comunión que es hecha posible de nuevo por la redención de Cristo.

III. La redención del cuerpo

El Papa toma la expresión “La redención del cuerpo” de San Pablo, que escribe en la Epístola a los Romanos que “...nosotros también gemimos en nuestro interior mientras esperamos la redención de nuestros cuerpos” (8:23).

Dejando a un lado ahora el Génesis, Juan Pablo II quiere seguir su estudio con una lectura detenida y profunda de un gran número de otros textos bíblicos. Aquí daré sólo un resumen de su pensamiento. Se recordará quizás que hemos empezado considerando la respuesta que Jesús dio a los fariseos, que le preguntaban sobre el matrimonio (Mt. 19). El Papa explica que, cuando Cristo contesta a los doctores de la Ley remitiéndolos a la intención del Creador “desde el principio” se está dirigiendo de hecho a toda persona humana que vive ahora “después” de la caída, así a toda persona afectada por la concupiscencia y así a cada uno de nosotros. Al reprochar a sus interlocutores la imputación de que han deformado el plan del Creador relativo al amor y al matrimonio, Jesús no se contenta meramente con mostrar al hombre su pecado. El quiere sobre todo revelarle el camino de la salvación y volverlo a la verdad original. Sabe que la imagen de Dios en la persona humana no ha sido totalmente destruida y que su llamado encontrará un eco favorable en lo profundo de los corazones del hombre y la mujer. ¿No duerme en cada uno” de nosotros un deseo nostálgico del verdadero amor? Como el mismo Jesús decía, El no ha venido a destruir, sino a realizar. No viene sólo para enseñar al ser humano cómo redescubrir el sentido conyugal de su cuerpo, pero sobre todo viene a reabrir este camino haciéndolo practicable. Su muerte y su Resurrección harán posible de nuevo ese viaje en el camino del comienzo. Este es el sentido total de la redención cumplida por Jesús, redención que es aplicable al cuerpo como lo es a toda la persona, Juan Pablo II hace el siguiente comentario a la respuesta de Jesús a los fariseos en Mateo 19:

“Si interpretáramos esta referencia al “principio” como una referencia a la creación del “hombre y la mujer”, si suponemos... que él (Jesús) refería simplemente a sus interlocutores más allá de los límites del estado de pecado del hombre al estado de inocencia original y que no estaba al mismo tiempo introduciendo la perspectiva de una “redención del cuerpo”, no habríamos llegado a una comprensión adecuada de la réplica de Cristo. Precisamente esta perspectiva de la redención del cuerpo garantiza la continuidad del hombre con su inocencia original (ID, 37).

Aquí por tanto, tenemos un tema de capital importancia. No sólo revela Jesús (y la Escritura) el sentido profundo del cuerpo humano en el plan de

Dios, pero sobre todo nos anuncia que por su redención es posible de nuevo al hombre y la mujer vivir concretamente ese sentido conyugal del cuerpo. Y es por esto que, contrariamente a Moisés que había sido forzado a hacer una concesión de compromiso, Jesús puede pedirnos que respetemos de nuevo el sentido del cuerpo y del amor tal como Dios quería que fueran “desde el principio” (lo que explicaría, entre otras cosas, sus palabras contra el adulterio).

Jesús por tanto nos anuncia muy buenas noticias. Su victoria sobre el pecado y sobre el mal restaurará a la sexualidad su poder de expresar de nuevo la profunda comunidad de personas conforme al deseo de Dios desde el principio, “cuando él creó al hombre y a la mujer a su imagen”. En adelante, abriéndose al Espíritu del Resucitado, el hombre y la mujer serán capaces de recuperar la verdad de su ser, es decir, su “ser-don” y vivir la significación conyugal de ello, es decir, la *comunidad de personas en mutuo don* - y todo esto en un renovado espíritu de libertad interior. Así como cada uno de nosotros está invitado a rechazar la concupiscencia (que impulsa a la persona a *tomar* más bien que a *dar* y cierra a la persona dentro de sí misma) y a abrirnos al Espíritu, que nos permite vivir nuestras vidas en el modo de “don” como Cristo.

Juan Pablo II dedicará varios capítulos a comentar dos versículos del Sermón de la Montaña, dos versículos que hablan de la concupiscencia:

“Habéis oído que os ha sido dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo, si un hombre mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón” (Mt. 5:27-28).

El Papa insistirá mucho en decir que aunque este pasaje acusa al hombre y la mujer de la concupiscencia que reside en sus corazones, más que otra cosa él constituye un llamado dirigido al hombre y la mujer, pidiendo a ellos que se abran a la redención del cuerpo que Cristo les ofrece (CEE, 132-33). Respondiendo a este apremiante llamado de Cristo, el hombre y la mujer se abren a la transformación que Dios quiere efectuar en ellos.

Esta transformación de la persona es efectuada por la “virtud de la pureza”. En sus instrucciones de catequesis parece que el papa prefiere hablar de pureza que de castidad aunque para él las dos expresiones son evidentemente sinónimos. Si él prefiere hablar de pureza es, parece, porque ha dedicado un largo tiempo a comentar el siguiente versículo de las Bienaventuranzas: “Benditos son los puros de corazón porque ellos verán a Dios” (Mt. 5:8). Mediante esta virtud el poder redentor del Salvador penetra a toda la persona hasta lo profundo de su masculinidad y femineidad, es decir, su sexualidad. Esta virtud por tanto rectifica la afectividad humana y las pasiones del corazón. Va tan

lejos como a sanar las profundidades del inconsciente. Como toda virtud, la pureza requiere paciencia y esfuerzo. Progresivamente, con la gracia divina, una persona recupera el dominio de sí mismo, juntamente con la alegría y la libertad interior que vienen con ella.

Pero sobre todo, la virtud de castidad restaura al hombre y la mujer en la verdad de su ser, corazón y cuerpo, en su *ser-don*, lo que hace posible de nuevo una *comunidad de personas en mutuo don*. El Papa escribe realmente que el hombre y la mujer que practican la virtud de la castidad “experimentan gradualmente la libertad del don” (CCE, 147-48). Esta afirmación es fundamental. Porque en su esencia la castidad hace posible el don mutuo, porque ella restaura al hombre y a la mujer en su libertad interior en lo que respecta a la sexualidad. La pureza o la castidad, por el dominio de sí mismo que ella restaura frente al deseo carnal y la concupiscencia, restaura a la persona en su *verdadera libertad* con respecto a su sexualidad. ¡Cuántas personas proclaman ser libres en su sexualidad, cuando de hecho se han vuelto simplemente esclavos del sexo y no son ya capaces de un verdadero don de sí mismos, un don profundo de su persona, en el encuentro de la carne!

La castidad restablece la *capacidad de don*, que es, como hemos visto, el significado más profundo de la libertad humana. Frente a la atracción sexual y la concupiscencia que la ha informado siempre desde la caída, sólo esta libertad interior permite a la persona vivir la relación sexual no simplemente como una urgencia o una búsqueda egoísta del placer, sino también y sobre todo como una “comunidad amorosa de corazones”, mediante el don de sí mismo libremente ofrecido y aceptado.

Conclusión: En ruta hacia la tierra prometida

¿Cómo debe uno concluir un estudio de estos discursos de catequesis de Pablo II sobre la persona, el amor, la femineidad -masculinidad, es decir, sobre la sexualidad? Cuando en Mateo 19, Jesús replica a los fariseos y los convida, y convida también a nosotros, de volver al plan que el Creador tenía para el amor humano y la sexualidad “en el principio”; esto me hace pensar en otro pasaje de la Biblia, uno que es absolutamente fundamental para la fe de Israel y la nuestra: a saber, la huida de Egipto, el cruce del desierto, la vuelta a la Tierra Prometida.

Los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob vivían en gran intimidad con

Dios en Cana, en Palestina. Por desgracia se vieron forzados a ir a Egipto para escapar del hambre y allí sus descendientes vivieron como esclavos por más de cuatrocientos años. Todo esto me hace pensar en la felicidad original del hombre y la mujer con Dios, su comunión profunda en un mutuo don que era ofrecido y aceptado libremente. Esto era una felicidad que ¡ay! pronto se perdió. Pronto se encontraron ellos esclavos de la concupiscencia, esclavos de sus deseos carnales.

Pero Dios hizo posible a su pueblo dejar Egipto por el poder de su brazo, mediante la maravillosa travesía del Mar Rojo. Esto no era, sin embargo, el fin de las aflicciones sufridas por el pueblo elegido, que debía purificarse durante cuarenta años en el desierto, antes de poder encontrar de nuevo la Tierra Prometida que sus antecesores habían dejado. Esos fueron cuarenta años de un viaje a menudo penoso, de un alternar de episodios de rebelión y de vuelta a Dios, en los que Dios se mostró ser paciente, siempre presente, siempre dispuesto a perdonar y a comenzar todo de nuevo.

La maravillosa fuga de Egipto, la Pascua, siempre ha sido considerada como la mejor imagen que anuncia nuestra liberación por la Pascua de Jesús, la Pascua definitiva que es su muerte y su Resurrección. La vida divina en nosotros, que nos viene por la redención del Salvador, nos hace capaces de dejar atrás la casa de la esclavitud, y nos da la gracia y la fuerza necesarias para dejar atrás nuestra sumisión a nuestros sentidos, a nuestra lujuria, a nuestra concupiscencia.

Pero, a diferencia de la gracia acordada al principio, esta vez nuestra victoria no llega sin lucha, debemos viajar lentamente hacia la Tierra Prometida de la comunión en un mutuo don que es libremente ofrecido y libremente aceptado, mientras marchamos a través de la árida sequedad del desierto, las batallas, los triunfos, las derrotas y las recuperaciones, aunque siempre somos sostenidos felizmente por la gracia de Dios. Toda esta lucha pertenece a la virtud de castidad, una virtud que, seguramente, a veces exige esfuerzo y renuncia, pero una virtud que vale verdaderamente el esfuerzo para adquirirla y readquirirla, puesto que sólo ella permite al hombre y a la mujer redescubrir en sus vidas el verdadero sentido del amor conforme al plan de Dios. Esta virtud les permite redescubrir la verdad de su ser como hombre y mujer, redescubrir la profunda comunión entre ellos que nunca habían cesado de desear oscuramente. Les permite redescubrir la comunión en el don del corazón y el cuerpo libremente ofrecido y aceptado.

Y para afrontar sin flaquear el difícil paso a través del desierto, me

Los fundamentos bíblicos del pensamiento de Juan Pablo II...

parece absolutamente primordial no perder nunca de vista el objetivo, que es la Tierra Prometida tan ardientemente deseada, no perder nunca de vista, por tanto, que lo que se busca en la virtud de castidad es el dominio de uno mismo. Lo que se busca -el objetivo, en otras palabras- es la recuperación de toda la verdad sobre nuestro ser, nuestro cuerpo, corazón y alma, es decir, el "sentido conyugal del cuerpo" tal como Dios lo ha inscripto en nuestra naturaleza. Este sentido conyugal del cuerpo revelado por la Biblia nos enseña que: (1) como persona que son hombre y mujer por el sexo, hemos sido hechos para una comunión de personas en el amor; (2) esta comunión se realiza únicamente en el don total de uno mismo, un don recíproco que es ofrecido y aceptado; (3) este don sólo es posible mediante un dominio de uno mismo y una libertad interior, una libertad vista como una capacidad de don.